

G. M. de Jovellanos, *El Pelayo. Tragedia*, edición, introducción y notas de Elena de Lorenzo Álvarez, Gijón, Ediciones Trea, 2018, 338 págs.

RODRIGO OLAY VALDÉS
UNIVERSIDAD DE OVIEDO
olayrodrigo@uniovi.es

El economista, el político, el patricio Gaspar Melchor de Jovellanos (1744-1811), cuyo nombre reaparece periódicamente en nuestro día a día parlamentario, a menudo como arma arrojadiza, fue también uno de los mejores literatos de su tiempo, aunque pocos parezcan recordarlo. Su poesía se cuenta entre las más escogidas del Siglo de las Luces —no olvidemos que él recuperó el endecasílabo suelto como cauce de expoesión— y su teatro, pese a su relativa brevedad, alcanza una significación histórica ineludible.

En concreto, Jovellanos es autor de una tragedia —*El Pelayo* (1769)—, una comedia lacrimosa —*El delincuente honrado* (1772)— y una obra perdida y presuntamente inacabada escrita por la misma época —*Los españoles en Cholula*—, que supone uno de los más pertinaces enigmas de nuestra historia literaria. Estas tres piezas aparecen precedidas en su trayectoria del mejor aprendizaje en que un dramaturgo puede velar sus armas, la traducción: en el caso del asturiano, de la *Ifigenia* de Racine (1769). Las fechas, además, son elocuentes, porque la producción teatral de Jovino se desarrolla antes de cumplidos los treinta años. De entonces en adelante, al menos en lo que a su propia creación escénica respecta, el silencio.

Ahora bien, como ha quedado dicho, la relevancia de esta pequeña serie de obras es insoslayable: Jovellanos ofrece con *El Pe-*

layo una de las más destacadas tragedias del momento, en la que se adelanta además a la tenida por obra maestra del género, la *Raquel* de Vicente García de la Huerta (1772). Con *El delincuente honrado* la novedad es aún mayor, porque se trata de una de las primeras comedias lacrimosas originales de nuestra literatura, y porque es además la primera escrita en prosa, camino que tantas seguirían después.

No puede decirse que *El Pelayo* y *El delincuente honrado* no hayan contado con buenos editores: fueron recogidas en el tomo I de la excelente edición crítica de las *Obras completas* de Jovellanos, al cuidado de José Miguel Caso González (1984); y, más tarde, editadas por John H. R. Polt para la colección de Clásicos Taurus (1993); *El delincuente*, en particular, fue también publicado en Cátedra por Russell P. Sebold (2008). Sin embargo, una serie de descubrimientos recientes habían ido desactualizando estas ediciones, especialmente en el caso de *El Pelayo*, lo que hacía perentoria la necesidad de enfrentarse de nuevo con la tragedia de Jovellanos.

Y este es el empeño que con brillantez aborda Elena de Lorenzo en la edición que nos ocupa, desencadenada por la aparición de dos manuscritos de época de *El Pelayo* con los que no pudieron trabajar ni Caso González ni Polt y que alteran sensiblemente nuestra visión de la obra. Resumiendo mucho los detalles que expone la editora, los dos nuevos manuscritos —uno, adquirido por el Ayuntamiento de Gijón, se halla hoy depositado en el Museo-Casa Natal de Jovellanos; otro, perteneciente a la Biblioteca Nacional de España, estaba mal catalogado y se había confundido con *El Pelayo* de Manuel José Quintana— demuestran que Jovellanos realizó una segunda versión de su obra y aportan modificaciones textuales de calado que era obligatorio tener en cuenta a la hora de ofrecer el texto tal como el autor lo corrigió.

En realidad, ya era conocido que Jovellanos, a causa de ciertos reparos de carácter histórico-literario puestos por la censura a su tragedia, había acometido en 1771-1772 una significativa revisión de su texto, pero sucede que Caso González —y Polt tras

él— tomó por esta segunda redacción de Jovellanos lo que en realidad era una versión adulterada con diversas modificaciones introducidas por el arreglista Luciano Francisco Comella, lo que sabemos desde que René Andioc diese a conocer en el año 2002 un recibo de cobro a nombre de este personaje por tal labor. Así, hasta esta edición de Elena de Lorenzo leíamos como de Jovellanos lo que en realidad era de Comella, y de ahí que el título que la tragedia llevaba en la edición de Caso González fuese *La muerte de Munuza*, en lugar del genuino *Pelayo* que ahora se recupera.

Con todo, no es solo el factor textual, sin duda decisivo, lo que hace de esta una edición muy valiosa. Elena de Lorenzo hace preceder la obra de una extensa introducción de ciento cincuenta páginas, limpiamente articulada, que toma en consideración aspectos tales como las ideas teatrales de Jovellanos, la génesis de la obra atendiendo al problema de sus dos redacciones y el encontronazo con la censura, las escasas representaciones escénicas del texto, la relación entre la versión de Jovellanos y la espuria de Comella, la incardinación de *El Pelayo* en la serie de la tragedia neoclásica, la modulación que sobre el relato histórico original hace Jovino o las ramificaciones hispanofrancesas del tema. El trabajo de Lorenzo, punteado de muy bien escogidas ilustraciones, abarca lo micro y lo macrotextual y de cada material de la serie logra sacar el máximo rendimiento interpretativo; así, desde el detalle —el manejo del endecasílabo por parte de Jovellanos, por ejemplo— hasta la visión de conjunto —los problemas derivados de la dialéctica entre literatura e historia, por caso—, se diría que no hay aspecto que no haya sido tenido en consideración por la editora, siempre con el claro fin de iluminar el texto y encuadrarlo en las coordenadas oportunas. En particular, cobran especial valor las apretadas páginas de interpretación de la obra, en las que se expone con lucidez la entraña ideológica de la pieza y su rica construcción simbólica.

A este respecto, destaca Lorenzo que la producción dramática de Jovellanos se halla en el eje de la renovación teatral propuesta por los ilustrados. No es solo, como suele repetirse, que

El Pelayo se atenga a las unidades aristotélicas o se encamine milimétricamente a la consecución de la catarsis, sino que, mucho más significativamente, propone una reflexión sobre una de las hazañas fundacionales de la historia de España buscando poner en circulación modelos de política y virtudes cívicas. La tragedia neoclásica siempre plantea un debate entre deseo y deber, de modo que el personaje trágico, aquí el ilegítimo gobernador Munuza, se decanta por el primero —y lo paga con la vida—, al tiempo que quien se inclina del lado de la justicia es lógicamente el héroe, en este caso un Pelayo reivindicado en tanto restaurador y fundador de la monarquía española. Todo ello forma sistema con una larga serie de obras contemporáneas, y precisamente por ello mucho de lo sustancial en la renovación teatral neoclásica se deja resumir con esta sola obra.

Por si no fuera bastante, la edición aparece enriquecida por un nutrido aparato paratextual de más de cincuenta páginas en las que la editora ofrece, con todo lujo de detalles y sabrosas notas, a) el prólogo de Jovellanos a la edición frustrada de la obra de 1773, b) las 22 notas de Jovellanos a ciertos pasajes de su obra, c) el prólogo en verso a la representación gijonesa de 1782, d) los dos borradores de Jovellanos de otro nonato prólogo —en prosa— a su obra; y e) los reparos puestos por la censura a *El Pelayo* y las respuestas a estos del autor. Estos valiosos textos proemiales nos permiten historiar a la perfección el proceso de escritura y revisión de la obra y dejan a las claras cómo ningún pormenor es dejado al azar por Jovellanos. De hecho, entre los paratextos se incluye noticia de la perdida «Apología» de Jovellanos «sobre la existencia de don Pelayo, restaurador de España», de cuya existencia nos han llegado dos noticias indirectas, lo que prueba que tampoco Lorenzo ha dejado ningún cabo suelto en su trabajo. Sigue, en fin, el texto, limpiamente compuesto, en que la anotación es, por ceñida y pertinente, modélica para el estudioso y muy apropiada para el lector.

En resumen, nos parece que el mérito de este trabajo trasciende los límites de la filología y atraerá a cualquier interesado por

nuestra historia de la cultura. El valor del trabajo de la profesora Lorenzo se puede, por último, demostrar con un solo dato: el eco adquirido por la localización de los nuevos manuscritos y la conferencia en que los dio a conocer el 28 de marzo de 2018 acabó detonando que *El Pelayo* se estrenase con todo aparato escénico en el Teatro Jovellanos la noche del 3 de noviembre de 2018, 236 años después de que tuviese lugar la única representación conocida de la obra, organizada por el autor para unos amigos. No cabe mayor reconocimiento de la labor de un estudioso teatral.

